Se caracterizó el reinado de Salomón por la paz. Los filisteos, aliados de la dinastía nueva y ventajosamente empleados por ella como mercenarios, no deseaban pasar la frontera. El ejército conservó la organización del tiempo de David, pero debilitándose, como sucede con todas las organizaciones militares. Ni Judá ni las demás tribus vieron en cuarenta años la cara al enemigo.

La debilitación militar sólo se notó en la zona de los países tributarios del reino. Hadad o Hadar el edomita, el vencido de Joab, que se había refugiado en Egipto, al conocer la muerte de David y la de Joab dejó al Faraón con cuya cuñada se había casado. Se desconocen los detalles de esta guerra, suprimidos adrede por los historiógrafos hebreos, indudablemente porque no serían honrosos para su nación. Lo único que se sabe es que Hadad desafió a Israel a lo largo del reinado de Salomón, que le hizo todo el daño posible, y que fue soberano independiente de Edom, o de su mayor parte.

También gran rival fue Rezón, guerrero arameo, que después de la derrota de su señor, Hadadezer, rey de Soba, había reunido a su alrededor a los que huyeron ante la espada de David. Quizás antes de la muerte de éste, logró Rezón dominar los campos con su hueste aguerrida. Por un trabajo afortunado se adueñaron de Damasco, donde lograron sostenerse. Durante el reinado de Salomón, Rezón no dejó de guerrear contra Israel, pero el reino de Soba, al parecer, no se restableció. Damasco fue el centro único de Aramea, próxima a Hennón.

La mirada de David nunca alcanzó más allá de Siria. Con Salomón, abriéronse nuevas perspectivas para los israelitas, sobre todo para Jerusalén. Israel no era ya un grupo de tribus que proseguía en sus montañas la vida patriarcal. Era un reino bien organizado, pequeño según nuestras ideas, pero grande con arreglo a las costumbres de aquella época.

Un pacto con Egipto fue el primer paso en la carrera de la política profana, sembrada luego de tanto obstáculos por los profetas. Los reyes de Tanis realzaban en aquel momento el prestigio de Egipto en Siria. A causa de una expedición cuyas circunstancias ignoramos, el rey de Tanis, Psiu-Khanu II, de acuerdo seguramente con los filisteos, había conquistado el antiguo territorio de Dan y especialmente la ciudad cananea de Gezer. Exterminó a la población cananea, quemó la ciudad, y de esta conquista se aprovechó Israel. El rey de Egipto dio Gezer como dote a su hija, a la que casó con Salomón. Así pasó Gezer al dominio israelita y dependió directamente del rey de Jerusalén.

Dicha hija del rey de Tanis vivió en Sion. Aún no había empezado Salomón sus grandes construcciones. Durante la primera época residió al

principio en el palacio de David, que debía parecerle mezquino a la egipcia, comparado con las maravillas que acababa de dejar. Podemos suponer que la afición de esta princesa a un lujo refinado influenció grandemente en el espíritu de su marido, tanto más, cuanto que siempre ocupó en palacio una situación superior a la de las demás mujeres del harén.

El trato de Salomón con Tiro ejerció una acción aún más civilizadora. Tiro, recién separada de Sidón, estaba entonces en el auge de su actividad, en la fogosidad de su primera fundación. Una dinastía de reyes cuyo nombre era Hiram o Ahiram dirigía este movimiento. Cubríase la isla de construcciones que imitaban a las egipcias. Hiram fue amigo íntimo de Salomón, y le mandó los artistas que faltaban a Jerusalén, los materiales preciosos para las construcciones de Sion y marinos para atender los diversos servicios de la escuadra de Asiongaber.

La zona del Jordán superior, conquistada por David, parece que siguió siendo tributaria de Salomón. La mayor extensión que se atribuye a sus dominios es muy exagerada. Ni la Siria del Norte, ni la región del bajo Orontes y de Alepo, ni Hamat, dependieron nunca de Salomón. La fundación de Palmira y la construcción de Baalbek por Salomón, son hipótesis impuestas al historiógrafo por los profetas del tiempo de Jeroboam II, que soñaron para Israel con un ideal de fronteras naturales que se supuso habían logrado David y Salomón. Realmente, el dominio de éste no abarcaba más que Palestina. Edom y Aram se habían emancipado del yugo impuesto por David. Moab y Amón eran países vencidos, pero no anexionados.

Los pillajes de los bandidos árabes habían sido refrenados, lo cual valía más que retener pueblos a la fuerza. Amalecitas, medianitas, beniqueden y otros nómadas encontraban alrededor de Israel una muralla infranqueable. Los hittitas conservaban su independencia. Las ciudades fenicias de Jaffa, Acre, Tiro, Sidón, Gebel y Hamad trataban a Salomón como un vecino poderoso, pero no eran siervas suyas. Formaba Israel un Estado de 50 leguas de largo, por 25 de ancho, con una zona de aliados tributarios. Cuando se cree que Salomón reinó sobre toda Siria, se cuadruplica, por lo menos, la extensión de su imperio.

El historiógrafo legendario sólo atribuye a Salomón edificaciones frívolas y desproporcionadas a las necesidades de la nación. Otras construcciones, mencionadas con menos latitud, fueron útiles o necesarias. Salomón reconstruyó la ciudad de Gezer, arruinada por la campaña egipcia. Las dos Betorón, que también debieron de ser víctimas de aquella expedición, fueron reconstruidas, así como la población danita de Ballaat, Hosor y Megiddo en el Norte. Salomón construyó también *ciudades de almacenes* a modo de depósitos cuyo objeto comercial o militar no está bien definido. Estos puestos comerciales respondían a una de las principales preocupaciones de la época, similares a las que actualmente han dado tanta importancia a la perforación del istmo de Suez.

Acertadamente se interesaba el hijo de David en el Mar Rojo, ancho canal que comunicaba la India con los ensayos de civilización mediterránea, abriendo el mundo nuevo de Ofir. La bahía de Suez pertenecía a

Egipto, pero el golfo de Akaba podía decirse que no era de nadie. Elat y Asiongaber, poblaciones próximas, habían sido poca cosa al parecer. Sin ocupar regularmente el país, Salomón se aseguró el camino por el valle de Araba y construyó una escuadra en Asiongaber. Los israelitas siempre fueron poco aficionados a la navegación. Hiram dio marinos a Salomón o quizá navegaron ambas flotas, la hebrea y la fenicia de reserva. Al salir del estrecho de Adén, iban a Ofir, es decir, a la India occidental, a Guzarate o a la costa de Malabar.

Cada tres años la flotilla aparejaba una vez, en la época de los monzones, cuando la navegación es más fácil. Como el viaje redondo duraba tres años, la flota indudablemente daba la vuelta a la India y quizás a la Indochina, pero todo lo que traía de aquellas comarcas lejanas se suponía que venía de Ofir.

De allí extraían los navegantes tirios e israelitas grandes cantidades de oro, plata, piedras preciosas, sándalo, marfil, monos y pavos reales, todo lo cual llamaba mucho la atención a los sirios. Especialmente el sándalo causó mucha impresión por su hermoso color rojo y su aroma.

Desconocemos lo que llevarían los mercaderes semitas a Ofir, a cambio de aquellos metales y productos, cuyo valor podía no ser muy alto. Tal vez se lo quitaran violentamente a los indígenas.

Simultáneamente a la marina, creaba Salomón una caballería y carros de guerra. Además tuvo muchos caballos de silla y carros de lujo para su uso personal. Para los carros de guerra imitó a los cananeos de la llanura y a los filisteos; los caballos de silla y carros de lujo se sacaban de Egipto. El caballo árabe, o a lo menos la equitación al estilo árabe, no existía todavía. Entonces, como ahora, el centro de la Arabia conservaba celosamente sus caballos. Los animales usados por las tribus árabes vecinas a Palestina eran el burro y el camello.

Una gran parte de la caballería israelita vivía cerca del rey en Jerusalén, aunque Salomón estableció en diversos lugares puestos o cuarteles para la caballería. Había un servicio de agentes encargados de buscar caballos en Egipto y llevarlos a Judea: cada caballo venía a costar 150 siclos (unas 490 pesetas). Un tronco enganchado costaba cuatro veces más.

Todas estas innovaciones eran muy poco gratas para los conservadores del antiguo espíritu agrícola y nómada, contrarios al lujo y al desarrollo de la riqueza. Censuraban sobre todo la caballería y los carros, que herían sus costumbres patriarcales y les parecían un agravio a Jehová. Salomón no hacía caso alguno a estos fanáticos y los tenía alejados de su persona, pero los fanáticos saben esperar.

Verdaderamente lo que daba razón a los adversarios de la realeza era que las costumbres se alteraban grandemente. El rey era muy aficionado a las mujeres. Su harén era inmenso, y se hablaba de 700 mujeres legítimas llamadas *saroth* (damas) y 300 concubinas esclavas de aquellas. Los cálculos más moderados contaban 60 reinas, 80 concubinas y algunas *alameth*. Salomón se inclinaba por las mujeres extranjeras. Además de la hija del rey de Tanis, quiso a mujeres moabitas, amonitas,

edomitas, hittitas y sidonias. Aunque no existiesen entonces las reglas rigurosas dictadas más adelante sobre los matrimonios mixtos, los verdaderos israelitas censuraban tales casamientos. Los jehovahístas celosos decían que las mujeres extranjeras, al conservar su culto en el seno de las familias israelitas, constituían causas perpetuas de prevaricación para sus maridos. Notábase con escándalo que Salomón entregaba su corazón a tales mujeres. Veremos que en la vejez se dejó dominar mucho por ellas, llegando como a un olvido del culto a Jehová.